

ARTE EN
COLABORACIÓN

Entre- tiempo

RELATO



ENTRETIEMPO

Llovía. **Iván** observaba el horizonte desde el porche de la casa, con una taza de café humeante en la mano y los ojos brillosos. Tenía la esperanza de que aquel diluvio hiciera **reverdecen** los campos. Esbozó una sonrisa espontánea; señal de la **gratitud** que sentía hacia el universo que le había concedido esa lluvia tan esperada.

Roque apareció corriendo sobre sus tres patas y se sacudió con fuerza junto a él. Lo mojó, pero Iván continuó sonriendo. La escena trajo a su mente el momento en el que, como un acto de **serendipia**, se había encontrado con aquel cachorro moribundo en medio de los sembrados donde andaba buscando el nido de la comadreja que lo había dejado sin gallinas. Su Roque era uno de los casos de mayor **resiliencia** que conocía, sentía hacia él un **amor inefable**. Era el único **perro** con **diastema** en los incisivos centrales que había visto en su vida, y cada vez que el animal se enojaba y mostraba sus dientes, en lugar de miedo provocaba risa.

La lluvia cesó de repente y, a lo lejos, el sol se iba asomando sin vergüenza después de haber permanecido eclipsado por un manto de nubes espeso durante casi cuarenta y ocho horas.

Roque adoptó una actitud desafiante y emitió un ladrido entrecortado. Iván notó que había salido aquel **malévolo pato** de su resguardo. El plumífero era tan belicoso que atacaba a cualquier cosa que se moviera con intenciones homicidas... o así lo interpretaba Iván, que había decidido sacrificarlo para la cena de **Navidad**.

Ingresó en la casa, dejó la taza vacía en el fregadero y abrió el grifo. De allí apenas emergió un hilo de agua que se extinguió casi al instante. Iván temió que la inclemencia de la tormenta haya dañado el molino. Así es que tomó la caja de herramientas del aparador, se calzó las botas de goma y el sombrero de falso *comboy* sobre su escasa cabellera y salió. El agua era una necesidad primaria.

Roque lo siguió entusiasmado y, mientras andaban hacia la zona del tanque, una brisa fresca trajo a su olfato el intenso

aroma a **lavanda** que desprendían aquellas plantas mojadas y abiertas al sol naciente. Giró su vista hacia los arbustos de flores violáceas y el recuerdo de la mujer que los había plantado allí lo golpeó de repente, sin aviso y sin piedad. Se habían conocido en otra vida, durante aquel tiempo que ambos gastaban como púberes en un barrio marginado de la ciudad que no extrañaba, en donde pasaban las tardes jugando al **baloncesto** con otros amigos de la zona. Ella era la única mujer del grupo y la más hábil para ese deporte que siempre había sido de hombres. Iván la invitó a salir **once** veces antes de que la muchacha aceptara. Se enamoraron pronto porque llevaban varios meses jugando al baloncesto, riendo y desafiándose en esa cancha de suelos resquebrajados y aros oxidados donde pasaban tardes enteras.

Años después, antes de que la **voráGINE** de la ciudad los separara, ambos decidieron tomarse un **efímero descanso** en el campo. Descubrieron que allí la **vida** transcurría a otro ritmo y los minutos se colmaban de sentido en medio de una paz y un silencio que les permitía oír sus propios pensamientos.

Ahora la mujer que había rodeado su casa con arbustos de lavanda apenas vivía en la **memoria** de Iván, de allí nunca se iría, él no lo permitiría. A veces incluso la traía en **sueños** y ahí podía besarla, abrazarla contra su pecho y repetirle que él era feliz sin hijos, solo con ella, solo por ella... Desde que había aprendido cómo **soñar** con su mujer, las noches eran su momento más ansiado. Aunque... Roque cumplía un **papel** muy importante en su vida diurna, eran compañeros inseparables y, ya fuera que tuvieran un sol **incandescente** o una **lluvia** pernicioso, el perro tenía acceso ilimitado a la casa en la que ahora vivían solos los dos.

Cuando llegaron andando hasta el molino, Iván miró el cielo que se iba despojando de nubes y supo que aquel sería un día **sublime**. Dejó la caja de herramientas en el suelo y recorrió con la vista el esqueleto de hierro que tenía enfrente. Sospechaba que la avería podría estar en el eje motriz y era poco probable que lograra arreglarlo antes de que se vaciaran los bebederos de los animales y se ensucien las aguas del

estanque artificial donde vivía Dorothy, el barbus **escarlata** que había pertenecido a la mejor jugadora de baloncesto que conoció en su vida. Ella le había dejado varios legados, pero ese pez era quizás el más valioso, aunque Iván no sabría distinguir cuál de los seis que había en el estanque era Dorothy.

Roque se había quedado viéndolo, con la lengua afuera, mientras él volvía a enfocar su mirada en aquel horizonte tan prometedor, con la **esperanza** de que la **quietud** que lo rodeaba perdurase. Era una quietud similar, creía, a la que sentiría la dama de las lavandas, la antigua dueña del pez escarlata y de ese par de **gatos** mañosos que, afortunadamente, se habían fugado en cuanto ella se mudó a la memoria de Iván. Él se había visto forzado a **reinventarse**, a crear nuevas formas de subsistir porque, de lo contrario, habría muerto también, pero no tenía memoria a la cual mudarse.

Bajó la mirada y se encontró con los ojos atentos de Roque, que comenzó a moverse ansioso, como si se alegrara de ese instante en que su amo le prestaba atención. Tal vez, pensó, podría vivir en la memoria de su can, el valioso producto de su más reciente **serendipia**... Se agachó levemente para acariciar su cabeza y, al parecer, el animal no pudo **contener** sus ansias de besarlo a lengüetazos. Quizás olfateaba la **melancolía** de Iván, que rio y apoyó la rodilla en el suelo para **abrazar** a su amigo.

“Ahora, a trabajar”, le dijo a Roque mientras se incorporaba. Necesitaba explorar más de cerca todo el eje y revisar las aspas y las varillas de la torre, así que anduvo los pocos pasos que lo separaban de aquel armatoste de metal y comenzó a escalarlo con una habilidad entrenada por el hábito. La brisa soplaba en su rostro y el trinar de las aves salvajes llegaba a sus oídos, que percibían una **paz** externa que no alcanzaba a opacar el eco de la **metralleta** que retumbaba en su pecho. A veces el recuerdo de su mujer llegaba con aire belicoso y, desprovisto de toda **bondad**, se pronunciaba a balazos contra su anciano corazón.

Ya en la cima del molino descubrió que, además del eje, la cola se había desprendido por uno de sus extremos de la hélice.

Charqueó la lengua. Sabía que esa reparación le tomaría al menos un par de días. Giró la cabeza para ver desde la altura que los bebederos de los animales habían quedado llenos con **agua** de lluvia y eso lo tranquilizó.

Comenzó a bajar despacio, con una energía menguada por el **inefable** peso del tiempo. Un pie, luego una mano... El cuerpo le pesaba. Se sintió mareado. Bajó la otra mano, luego el otro pie... Estaba consciente y con los ojos abiertos cuando comenzó a caer, pero fue una caída tan corta que se sintió como un destello. La sorpresa llegó después, cuando sintió la lengua rasposa de Roque lamiendo su rostro con insistencia. Abrió los ojos y vio el cielo que ahora lucía rosado. Se incorporó con cuidado, creyendo que se habría lastimado en la caída, pero su cuerpo estaba intacto, incluso lo sentía más liviano que nunca. El perro emitió un ladrido para llamar su atención. Iván se inclinó para **abrazar** a su mascota y notó que tenía unas protuberancias a ambos lados del lomo. Frunció el entrecejo, extrañado. Luego se puso de pie con una agilidad inédita y se quedó fijo en aquel horizonte **ideal**, de cuento. Vio que Roque salía andando hacia allí, ansioso, como movido por una intención.

Iván le silbó y el animal se detuvo por un instante y giró la cabeza hacia él. Le enseñó los dientes. Él sonrió y se echó a andar también detrás de Roque, el único perro con diastema que había visto en su vida... y el único con alas.

Cerca de allí, en una habitación de hospital, una enfermera cubría con una sábana el rostro de aquel hombre que acababa de abandonar su cuerpo con una sonrisa. Encima de la mesa de noche había un pequeño florero relleno con flores de lavanda.

COLABORADORES

Este relato ha contado con la colaboración especial de los administradores de todas las cuentas de Instagram que se mencionan a continuación. Personas que leen, que escriben, que comparten información valiosa y que fomentan la lectura y la apreciación del arte en general. Cada una de ellas ha ofrecido una palabra que en el texto aparece destacada en negrita.

Iván- @mmlp2020 (Laura)
Reverdecer- @humbertomedz
Gratitud- @danielvillaverde1971
Serendipia- @escola_de_literatura
Resiliencia- @dama_jocyv
Amor- @nicolegomezcoral
Diastema- @silenciandomurmullos
Inefable- @el_desorden_de_mis_dias
Perro- @loco_libros
Malévolo- @shaddix_books
Pato- @el_capitan_dave
Navidad- @epigrafe_literario
Lavanda- @tempus.litterarium
Baloncesto- @leerconformadevida
Once- @seron.daniel
Vorágine- @dreamingwithbooks_
Efímero- @karlaronarevalo
Descanso- @ara_lorena
Vida- @eva_minana
Memoria- @lecturasdegris
Sueños- @buenascitasarg (Fiorella)
Soñar- @mybooks_fan
Papel- @hombrecitodepapel
Incandescente- @misschaoticreads
Lluvia- @sarabooks_
Sublime- @aromaenletras
Escarlata- @travesías_lectoras

Esperanza- @_magic_ellie_
Quietud- @arcadesbooks
Gatos- @bookmilla
Reinventarse- @fannyjmarino
Serendipia- @danlibro
Contener- @octaamonaco
Melancolía- @mathildewriter
Abrazar- @quimera_azul
Paz- @pasionpor_loslibros
Metrallera- @acjc_carlos_jonas (Kevin)
Bondad- @yo.leo.tu.lees
Agua- @fatireads
Inefable- @starsinthenigth
Abrazar- @booksinventory
Ideal- @belenuchi06

Muchísimas gracias a todos los que se sumaron a este experimento creativo y a quienes han colaborado también con su lectura para darles vida a los personajes de esta breve historia.

Ayelen F. Esker